

lencia, todo estímulo, todo mérito y toda gloria.

Yo, sólo de oídas, y de ver su nombre en alguna noticia de arte, conocía á Mon-

No, no pretendo yo reprochar sus exigencias á los innumerables críticos que se ceban en los defectos de este pintor novel; mas sí es mi intención el evitar que

mi pluma descargue sobre él palos de ciego. Porque... si á Roberto Montenegro, como á otro pintor de sus años, se le escatima lo que en buena ley le pertenece, si se extrema con él la dureza, si en lugar de alentarle se le fustiga, adiós noble afán de estudio, adiós ilusiones, adiós inspiración, adiós ensueños.

Y ahora, visitemos la Exposición, en la que si no encontramos nada de sublime, tampoco se puede negar que había detalles de belleza. Citaremos, como obra muy recomendable, el cuadro de tipos sorianos, un grupo formado por los abuelitos y el nieto. En este cuadro, la naturaleza muerta, ni de cerca ni de lejos



Uno de los dibujos á pluma característicos de Montenegro

tenegro; pero arrastrado por mis aficiones y por una cariñosa indicación de los editores de este *magazin*, visité su exposición de la que salí, si no locamente encantado, sí complacido, sí con el ánimo dispuesto á discutirle en algo, á regatearle en lo justo, y á tributarle aplauso en lo que digno de aplauso presentó.

me dejó convencido, parecióme un tanto borrosa la perspectiva aérea; pero el abuelo tiene gran fuerza de expresión y respira vida desde la cabeza hasta los pies. A la derecha de este cuadro ví un retrato de hombre, al que no es justo desconocer mérito; hay en él naturalidad, ejecución vigorosa, verdad.